

Dos cántabros



Los alpinistas Juan Carlos González y Javier Torralbo Díez

El pasado 10 de abril, los alpinistas cántabros Juan Carlos González y Javier Torralbo Díez, componentes de la expedición de montaña “De Cantabria al Himalaya”, iniciaban un largo viaje hasta Katmandú para intentar, en tierras tibetanas, la ascensión del Shisha Pangma, el último *ochomil* conquistado por el hombre. Era la primera vez que Javier y Juan Carlos visitaban el Tibet, pero ambos cuentan con una amplia experiencia como alpinistas, y el Himalaya no suponía algo nuevo para ellos. Además de numerosas escaladas en los Pirineos, Picos de Europa y Alpes, Javier –de 51 años, nacido en Santoña e instructor de montaña desde 1975– formó parte de una expedición al Hindu Kush, en Afganistán, donde consiguió dos cumbres de 6.600 metros. Juan Carlos, a su vez, tiene 52 años, nació en Castro Urdiales, y ha escalado ya las cumbres del Elbrus, la montaña más alta de Europa, situada en la cordillera del Cáucaso; el Aconcagua, en América del Sur; el Kilimanjaro, en el continente africano; y el Everest, en el Himalaya, al que ascendió desde la vertiente norte en mayo de 2000, convirtiéndose así en el primer cántabro que conseguía llegar al techo del mundo. Las extremas condiciones meteorológicas impidieron que la expedición, patrocinada por la Consejería de Cultura y **Caja Cantabria**, lograra su propósito, pero en el ánimo de los dos veteranos no hay sentimiento de frustración: la experiencia ha merecido la pena.



en el Himalaya



“El bienestar y la vida tranquila llegan a entumecer los espíritus vitales: por eso a nosotros nos fascina la aventura tanto como a un preso la libertad.”

Reinhold Messner (alpinista tirolés, el primero que ascendió al Everest sin oxígeno, y el primero en conquistar los 14 ochomiles del planeta)



intentaron la conquista del Shisha Pangma

Texto y fotos:
JAVIER TORRALBO DÍEZ

El continuo balanceo del pequeño autobús, junto al calor y al polvo, nos acompaña en el viaje de aproximación al Himalaya. Por una carretera tortuosa, llamada “de la amistad”, vamos rumbo a la población de Kondari, situada al norte de Nepal, en la frontera con China.

Después de un largo trayecto de avión desde Cantabria, y en tan solo 27 horas, hemos pasado de una forma de vida a otra bien distinta. Estamos en un país donde su orografía lo dice todo: Nepal, “el país vertical”, el corazón mismo de la cordillera del Himalaya.

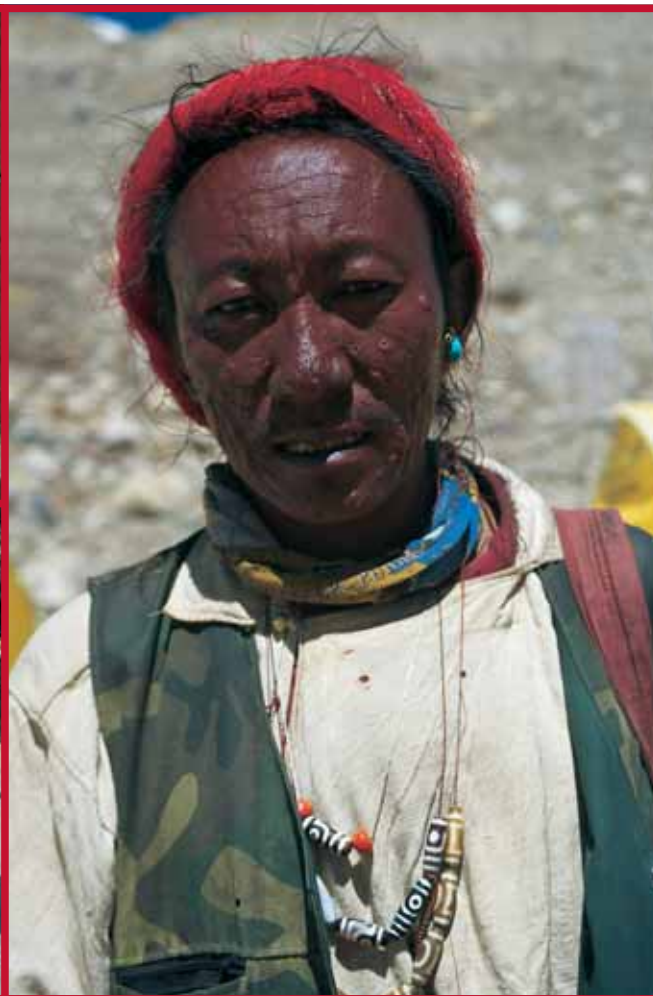
Arriba, a la izquierda, la cumbre del Shisha Pangma azotada por el fuerte viento.

Sobre estas líneas, los componentes de la expedición “De Cantabria al Himalaya”, en el Campo Base.

Con sus cerca de 2.600 kilómetros de longitud, el Himalaya concentra las 14 cumbres más altas del mundo (con más de 8.000 metros de altitud), y entre ellas el Everest, que con sus 8.848 metros está considerada la cúspide de la tierra.

En Katmandú, la capital de Nepal, ultimamos los detalles de la expedición con la agencia que tramitó nuestro permiso para la ascensión al Shisha Pangma, y que se hizo cargo del traslado, enlaces y transporte del material. Aunque la estancia en la capital nepalí es breve, no dejamos de recorrer sus calles y lugares más característicos, y en especial la zona antigua, donde se concentran los principales monumentos y edificios milenarios, como el templo de Kasthamanda, el viejo palacio real Hanuman





Dhoka, Kumasi Bahai, residencia de la diosa viviente Kumasi, Taleju Temple, y el Thamel, con sus tiendas y mercados.

Tal y como estaba previsto, el 14 de abril abandonamos Katmandú, sufriendo la incertidumbre que ocasionan las últimas acciones de la guerrilla maoísta (cortes de carreteras, secuestro de viajeros...). Atrás quedan meses de trabajo, de búsqueda de apoyos y preparación de todo lo necesario para llevar a cabo la expedición.

LAS PUERTAS DEL TIBET

En la frontera con China, una vez superados los trámites habituales, comprobaciones y permisos, nos sometemos a la lectura de nuestra temperatura corporal como medida de precaución ante la extendida “fiebre del pollo”, y realizamos el trasbordo de todo el material a los vehículos de la compañía china que posee la exclusiva competencia para gestionar la entrada en el Tibet.

A través de una pista espectacular y de gran belleza, pero con un fuerte desnivel y en mal estado, lo que hace que los propios chinos la denominen “precipicios al infierno”, llegamos a la última población importante: Nylam, asentada a 3.700 metros de altitud. La invasión del Tibet por China, en el año 1950, implicó que una gran parte de sus habitantes fueran desterrados y apartados de su cultura y sus creencias. Es por ello que, en Nylam, la población de origen tibetano vive marginada, física y socialmente,

Familia nepalí; porteador tibetano; y puesto de especias en el mercado de Katmandú.

y se dedica a los trabajos más duros. En esta localidad permanecemos tres días —que nos sirven como periodo de aclimatación a la altitud—, realizando ascensiones a cumbres cercanas, de 4.800 metros.

El paso de Lalung-La, a 5.150 metros, es la frontera natural del Tibet con Nepal, y un gigantesco mirador al Himalaya, desde donde se disfruta de la visión espectacular de cumbres de todos los tamaños y formas: el Cho-Oyu, el Shisha Pangma...

El Himalaya es un mundo en sí mismo. Aquí, en la “morada de las nieves”, el tiempo y el espacio tienen un significado distinto al que estamos acostumbrados. Se trata de uno de esos lugares imposibles de describir: emociones placenteras y miedos, imágenes y sensaciones se suceden y se confunden como en un sueño, solapando realidad y fantasía.

Al final de la jornada ya estamos en el último lugar transitable para los vehículos: el Campo Base Chino, a 5.000 metros de altitud, en plena meseta tibetana. Aunque nos encontramos a 20 kilómetros de nuestro Campo Base, desde aquí se divisa plenamente el Shisha Pangma, y su cresta confundiendo con el cielo. Los ocre del Tibet, que contrastan con las blancas laderas, producen el efecto de un espejismo.

Pero la aproximación tan rápida tiene una consecuencia directa: la insuficiente aclimatación a la altitud, lo que provoca que, a cualquier esfuerzo físico, el organismo responda con pesadez y difícil-

El Himalaya

Es el sistema montañoso más imponente de la tierra, con una longitud próxima a los 2.600 kilómetros, y una anchura que oscila entre los 250 y los 300 kilómetros. Se extiende a lo largo de Pakistán, India, Nepal y China, formando la cordillera más elevada del planeta. Posee cerca de un centenar de picos que sobrepasan los 7.000 metros, y las únicas 14 cumbres con una altitud superior a los 8.000 metros. Entre todas ellas sobresale el Everest, que con sus 8.848 metros es la montaña más alta de la tierra.



tad. Al final, la voluntad se impone, y el cuerpo logra realizar aquellos actos que habitualmente pasan desapercibidos, como vestirse o calzarse.

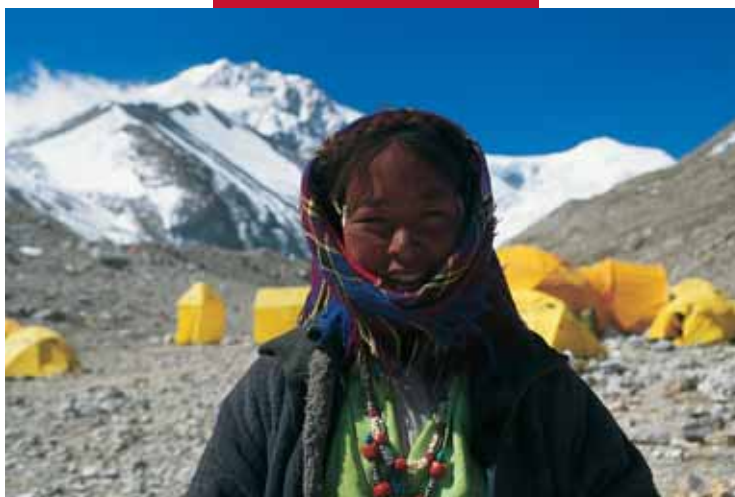
Paso de Lalung-La en la cordillera del Himalaya, frontera natural entre Nepal y China.

ASCENDIENDO A LA BASE

El 20 de abril iniciamos el camino a la base del Shisha Pangma. Seis yaks, animales perfectamente adaptados a estas duras condiciones, y un grupo de arrieros, transportan nuestro material. El ritmo de ascensión de la caravana es tal que nos cuesta seguir sus pasos.

Los habitantes de estas tierras han desarrollado toda una serie de adaptaciones fisiológicas que les permiten vivir sin esfuerzo a una altura tan elevada. Su sorprendente resistencia a la fatiga, la soltura con que se mueven, su excepcional equilibrio, incluso transportando carga a sus espaldas, son algunas de las habilidades de los habitantes del “techo del mundo”.

Finalmente llegamos al lugar donde estableceremos el Campo Base, a 5.650 metros de altitud. Situado cerca de la morrena del glaciar que se desuelga del Shisha Pangma, es el único espacio llano



Mujer tibetana en el Campo Base de la expedición.

para montar un campamento. Por encima de nosotros, unos grandes bloques de piedra, en situación inestable; por debajo, el glaciar; y, a manera de sándwich, en el centro, las diminutas tiendas que serán nuestro hogar en los próximos 24 días: una de estancia-comedor y otras tres para pernoctar. Como bienvenida nos cae una nevada en pleno montaje.

Pasamos unos días en ese campo base, dedicados a ordenar y completar los preparativos de todo aquello que necesitaremos para la ascensión. Aunque el tiempo se mantiene inestable no dejamos de efectuar salidas a cumbres cercanas, con el fin de ir aclimatando nuestro organismo a la altura. Tras celebrar la tradicional ceremonia de la *puya*, en la que se realiza una ofrenda a los dioses para que nos protejan en nuestro tránsito por la montaña, la actividad se incrementa, e iniciamos el equipamiento de la ascensión, portando material para, posteriormente, instalar el Campo I, a 6.400 metros, en una zona resguardada del riesgo de avalanchas.

El recorrido por la morrena lateral del glaciar, de unos 5 kilómetros, es muy pesado. Durante un tra-





El Shisha Pangma

Su nombre, en idioma tibetano, significa “larga cima que domina la planicie”. También se le llama Gosainthan, “el trono de los dioses” en hindú; y Xixabangma, “mal tiempo” en chino-tibetano.

Está situada en la cordillera del Himalaya y, con sus 8.013 metros, es una de las 14 cumbres más altas de la tierra, y la única de más de 8.000 metros asentada en su totalidad en territorio tibetano. Las autoridades chinas mantuvieron cerrado su acceso a los extranjeros hasta 1978. Tal vez por ese motivo el Shisha Pangma es uno de los *ochomiles* menos escalados, y el último en ser conquistado por el hombre.

En mayo de 1964 una expedición china ascendió por primera vez a su cumbre, a través de su cara oeste y de su arista norte: la misma ruta elegida por la expedición “De Cantabria al Himalaya”.

mo se asciende y desciende continuamente por un pedregal y, posteriormente, hay que atravesar un auténtico laberinto de grietas que debemos sortear cuidadosamente, con pendientes que alcanzan los 45 grados. Además, las condiciones climatológicas lejos de mejorar van empeorando, y el fuerte viento y las nevadas intermitentes impiden la actividad regular que requiere el equipamiento de la ruta.

EN MANOS DEL TEMPORAL

Llevamos siete días consecutivos en nuestras tiendas del Campo Base soportando un fuerte temporal. Las previsiones no son halagüeñas: se anuncian fuertes vientos, entre 100 y 140 kilómetros/hora, y existe un estado de alerta para todo el Himalaya, y la recomendación de descender rápidamente de altitud. El barómetro marca una gran depresión, y el termómetro llega a registrar -16°.

En estas condiciones, la prudencia nos aconseja abrigarnos en nuestros sacos, con la ropa de alti-

Ascendiendo al Campo I, a 6.400 metros de altura.



Arrieros tibetanos descansando. A lo lejos, la cumbre del Shisha Pangma.

tud, aunque la permanencia en esas condiciones se hace difícil, y más cuando compruebas que los días pasan y piensas que el esfuerzo, las ilusiones y las ganas de llegar a la cumbre no servirán de nada si los agentes atmosféricos no colaboran. Como náufragos, buscamos alguna variable que nos beneficie: tal vez el 4 de mayo, con el cambio a luna llena...

Pero el tiempo no mejora, y seguimos recluidos en nuestras tiendas, que son zarandeadas por el fuerte viento, esperando fervientemente que resistan. La nieve lo cubre todo. Las varillas del techo se doblan y hacen tope con nuestras cabezas, incluso hay que amarrar los objetos dentro de la

tienda porque en cualquier momento puede romperse y salir por los aires. La situación es tensa, y solo cabe la espera, procurando abstraerse de la adversa realidad. Durante once días consecutivos la nieve y el fuerte viento son nuestra única compañía.



Las tiendas del Campo Base azotadas por el temporal que asoló el campamento durante varios días. Abajo, a la izquierda, la dura y solitaria ascensión.



Una mañana, ¡por fin!, sale el sol. Sigue soplando el viento, aunque ha remitido en intensidad. Pero nuestro permiso caduca en una semana y, a pesar de que acusamos la falta de actividad, hay que intentarlo, porque sabemos que es la única oportunidad que se nos va a presentar. Son momentos importantes, decisivos, debemos preparar todo lo necesario, y repasar mentalmente lo imprescindible: el equipo, la comida... un olvido puede tener consecuencias muy graves.

Recorremos otra vez la conocida ruta hasta el Campo I, y pasamos la noche en él para, al día siguiente, continuar la ascensión hasta el Campo II, a 7.200 metros de altitud, donde volvemos a pernoctar. Restan aún 800 metros de desnivel hasta la cumbre del Shisha Pangma, la que rebasa la cota mítica de los *ochomil*. Esos últimos metros presentan las mayores dificultades técnicas. Será, pues, una jornada larga y dura. Pero, una vez más, el fuerte viento hace su aparición e impone las condiciones más negativas para la ascensión: cada paso es una lucha contra la gravedad y contra los elementos. Ante esta situación tan adversa sería sumamente arriesgado proseguir la ascensión. Finalmente, la razón y el sentido común se imponen sobre la ambición y los sueños. Allí concluye la aventura, en manos del temporal. La cumbre de Shisha Pangma no pudo ser, pero en nuestra mente quedará para siempre la imagen de esa "larga cima que domina la planicie", y que los chinos han rebautizado, tan acertadamente, con el nombre de Xixabangma: "mal tiempo". ■

